



Gabriel Zaid en la práctica

Ernesto Priego

COMO GABRIEL ZAID, quisiéramos negarnos a recitar. Quisiéramos, mejor, guardar silencio, y, si se pudiera, transmitirlo. Un día como hoy quedarnos callados. ¿Por qué negarnos a leer en público lo que escribimos en privado? La lectura, en sus inicios, siempre se leía en voz alta: sólo la recitación imponía los ritmos, pausas y silencios que ahora imponemos a través de la puntuación y el diseño de la página y la pantalla. En algún momento escritura, lectura y recitación se separaron, y al hacerlo algo se perdió. Un autor que se niega a aparecer en público y hablar, siquiera a leer lo propio y hacerlo público, en tiempo real, como el compositor que interpreta su partitura “en vivo.” Y sin embargo, ¿por qué tantos homenajes recitados, *in absentia*, a Gabriel Zaid? ¿No es una falta de respeto a su obra, a su estrategia, tanta palabra hablada, tanta aparición en público en su nombre? Y al mismo tiempo, ¿por qué no? ¿Qué aura mística-poética le queda a la presencia/ausencia? Lo hemos pensado en silencio. Lo reflexionamos, calladamente, con nosotros mismos, en diálogo con los libros de Zaid, con su escritura que nos habla desde la palabra impresa. Pero había que darle forma a estas interrogaciones; intentar ensayar sobre lo que significa ese nombre de ese otro que es Gabriel Zaid, con quien nunca hemos estrechado mano, a quien jamás hemos visto así, directamente, como ahora el nosotros leemos estas palabras, sin intermediación más que la de la letra (y asumo el papel o la pantalla).

Si se fijan, estamos hablando en plural, como si fuéramos un nosotros y no un “yo”, y no tanto como para no asumir responsabilidad personal por lo que decimos, sino por intentar poner en práctica aquello que decía el



mismo Zaid sobre el ensayo, qué el entendía como un género descendiente del “saber que se busca en la reflexión con otros”. Hablar en plural, desde el “nosotros”, quizá nos permita ensayar una especie de diálogo filosófico; algo así como la invención “de un personaje para reflexionar con nosotros”, como decía Zaid que hacía Machado, “ese Sócrates silencioso”. Así que, para poder escribir esto que he escrito en privado para ser leído por un público, hablemos en plural, incluyámonos en una voz que no es la nuestra, sino la de alguien que es todos y no es nadie. Una voz para un diálogo.

No sabemos si don Gabriel leerá estas palabras, y si lo hace si las leería en voz alta. Afortunadamente, la verdad sea de cada quién. Porque animarse, como se dice, tener el valor de venir a un lugar público como éste (una *publicación* es un lugar común, espacio abierto que sin embargo hospeda y exhibe), para hablar de alguien como Gabriel Zaid no es cosa fácil. Y no porque se trate de un wn ensayo sobre la obra de Zaid signifique un acto de divulgación, una breve introducción que nos permita saber algo de ese autor sin tener nunca, Dios nos salve, que leerlo. No porque se espere de nosotros un conocimiento especializado, una voz autorizada para hacer una “presentación amena de resultados obtenidos” sobre una profundísima investigación bibliohistoriográfica.

No. Se escribe en silencio, pero también en voz alta, porque nos preocupa cómo suena, o más precisamente cómo le sonará a un otro desconocido, o quizás, por qué no decirlo, al propio autor de quien hablamos. Venir a publicar/venir a leer un escrito sobre la obra –o la persona, cosas que no son lo mismo pero que fácilmente se confunden– de Gabriel Zaid, es cosa dura por la misma naturaleza del pensamiento de este autor, tan evasivo, tan difícil de aprehender. Por algo el señor no está presente, entre nosotros, aquí y ahora en que se escribe esto y en que también en otro tiempo y otro espacio es leído. No por grosero, o porque su salud no se lo permita.

Zaid no está *físicamente* presente porque él, como pocos, sabe que su escritura es su *yo*, el yo con el que los otros, a través de sus palabras, le conocemos. Zaid, en serio, no hubiera soportado una cosa como ésta, por muy diversas razones. Él vería en estos homenajes (escritos casi siempre para ser leídos y ser vistos y escuchados) algo inevitablemente



teatral. Como él mismo lo escribió a mediados de los ochenta, si Zaid asistiera a los eventos donde se le ha homenajeado seguro se sentiría como ese “actor famoso [que] ya no hace el personaje de la obra sino el actor famoso que es él, siempre el mismo”.

Dicho de otro modo, también en sus propias palabras, Zaid sabía que el “Autor [...] queda mejor actuado por un actor que por el propio escritor”. Y si Zaid, como ensayista y como poeta, pero también como “intelectual público”, nos resulta tan atractivo, es precisamente, como se suele decir, porque “no se la creía”. Él sabía que todo acto de enunciación literaria implicaba una toma de posición textual, una estrategia ficcional y una máscara. Difícil, entonces, y ustedes me dirán si no, leer y escribir un texto que quiere homenajear la figura de un autor que no gusta de homenajes. Pero, como pasa con los países, las cosas siempre se pueden poner más difíciles.

Ya estando en estas cosas, se tiene que decir que a Gabriel Zaid, seguramente, le caería en pandorga que nosotros, como somos, habláramos de su obra, de su nombre, como si le conociéramos, con un tono que sin duda reconocería a millas de distancia como autoritario, contradictorio, banal, académico, intelectualizante o insoportable. Porque, nosotros, se diga lo que se diga, nos ubicamos a pesar de todo “a la izquierda”, nos ponemos fieles y esperanzados la camiseta de la UNAM y desconfiamos de la lógica matemática o estadística como método universal de pensamiento.

Pero hemos decidido leer hoy lo que se ha escrito, porque le creemos cuando escribía que no sólo “los grandes hombres deberían ensayar”, y porque adoptamos como máxima rectora de vida su sentencia: “Todo hombre debe ensayar, pensando a solas, hablando con su prójimo, escribiendo y quizá publicando, mientras hable, escriba o publique de cuestiones que lo cuestionen.” Por eso leemos hoy, en público, porque la cosa más importante que queremos recordar sobre la escritura de Gabriel Zaid es que se trata de una

“Todo hombre
debe ensayar,
pensando a solas,
hablando con su
prójimo, escribiendo
y quizá publicando,
mientras hable,
escriba o publique
de cuestiones que lo
cuestionen”

cuestión que cuestiona. Su obra es un brillante ejemplo de un arte que interroga. El suyo es un discurso que discute el discurso, que trasciende fronteras disciplinarias, que hace de la interrogación misma la esencia de la cuestión, que hace del preguntarse una labor afirmativa, crítica, y por lo tanto constructora y constructiva. Lo que nos seduce de su escritura es entonces su inmensa capacidad crítica: sus libros son parte de un complejo ejercicio ensayístico, fluido, ameno, divertido, sangrientamente irónico, imparabile e irreductible. No queremos aquí hacer una “muñeca de papel”, porque lo mismo se podría decir de

la obra de tantos otros: sólo se sabrá si esos adjetivos aplican si se ha leído la obra de Zaid.

Escribir –hablar– de Gabriel Zaid es, entonces, un recorrido turístico por un campo minado. Como crítico, no dejó columna en pie: se trata de los pocos intelectuales mexicanos –y no dudamos que reniegue de este término– que ha hecho del ensayo una expresión sin concesiones, la práctica mortal de un ejercicio de vida crítico, consciente, que se arma de una hiriente ironía que desenmascara las obvias falacias con que también se ha construido nuestra querida idiosincrasia mexicana. Por algo también, pensamos, Zaid prefirió el autoexilio, la vida a puerta cerrada, el recogimiento cuasi-religioso: su escritura fue incendiaria, su ideario político amorfo y absolutamente inconforme, más allá de posiciones fácilmente identificables.

Por eso hablar de ensayo cuando discutimos la obra de Zaid es inevitable: él hizo del género, más aún que Alfonso Reyes, un centauro, pero también un cancerbero, un guardián de la inteligencia y de la crítica. Como pocas figuras literarias de nuestro país, se resistió al vedetismo de la hipócrita y vacua pasarela cultural y prefirió hacer que la palabra reflexionara sobre sí misma, y al hacerlo, evidenciar la función estructural del discurso verbal en la construcción de las identidades nacionales. Zaid hizo que la palabra volviese a decir las cosas, de modo directo y sin rodeos, y, al mismo tiempo,

haciéndola recuperar sus sentidos que, por fuerza de uso, han permanecido olvidados. Zaid no es un autor popular, —es decir, masivamente conocido—, como lo son Paz o Fuentes; no porque su obra carezca de los alcances estéticos de éstos, sino porque se atrevió a decir lo que nuestros dos santos literarios nacionales decidieron callar. Su nombre se pronuncia solamente entre círculos de iniciados, y cuando se habla de él se hace con pasión, porque la llamarada de su pluma incendió todo lejano vestigio de certeza, de impunidad ante su crítica.

Con un desenfadado sentido del humor, las voces de Zaid se llenaban de una ironía que se hacía presente incluso cuando intentaban hablar en un tono más neutro, más sereno. Zaid era una suerte de *punk* literario a la mexicana: como las instituciones que tan detalladamente criticó, era tan progresista que era conservador y tan conservador que era “revolucionario”; tan a la izquierda que estaba a la derecha, y tan crítico de la izquierda y de la derecha que ya no sabía ni dónde estaba. Cuando decía: “México es un país donde el radicalismo aumenta con los ingresos: donde los pobres son conservadores y los progresistas no son pobres [...]” ¿Dónde se ubicaba él? Cuando hablaba del *radical chic* de la izquierda mexicana así, “se trata de esas personas a las cuales no es fácil regalarles algo, porque lo tienen todo: estudios universitarios, puestos, automóviles, viajes al extranjero, hijos en escuelas activas, fines de semana fuera de la ciudad” ¿Dónde se pensaba a él mismo?, ¿cuando criticaba el uso y abuso de la palabra “revolucionario” en México?, ¿cuando ponía el dedo en la llaga sobre las contradicciones de nuestro lenguaje, nuestra historia y nuestra cultura?, ¿desde dónde es que él, como crítico, podía verlo?

Cuando, en 1987, Zaid aseguraba: “Lo verdaderamente viable es que los fósiles, los aviadores, los grillos, los barcos, los demagogos, los que no tienen ganas o capacidad, se queden con la UNAM[...]” ¿Su crítica era progresista o conservadora? ¿de izquierda o de derecha? Y lo sabía: como el yo lírico de

Walt Whitman, se contradecía porque su voz contenía multitudes. Criticando la tendencia a atribuirle a la poesía un poder superior y absoluto, Zaid escribiría con sorprendente claridad: “Si un mundo abierto nos da vértigo, y nuestras propias exigencias de integración amenazan con dispersarnos, y tenemos materialmente el tiempo encima, ahogándonos, nada más explicable que el repliegue a la propia esfera”. Quizá, en otro sentido, esto es lo que terminó haciendo el autor de *La poesía en la práctica*: replegarse a su propia esfera, ante el desencanto del mundo exterior.

Lo multitudinario de su voz adquiere coherencia en una posición general: el respeto por la palabra como verdadera posibilidad práctica de transformación. Por eso, su desencanto del mundo: al enfrentarse al vacío tras el signo. Resignificar se puede volver una empresa sin sentido.

Lo que hay en Zaid es un intento desesperado por reubicar a la palabra y al pensamiento en una esfera vital, en un espacio fundamental de la vida pública y privada. Su escritura ensayística, como su poesía, hacen evidente una preocupación por el diálogo, por la apertura a lo otro indefinible, casi irreconocible. Por eso, su negativa a asumir partido, a tomar posiciones claras, al mismo tiempo que expresa una furiosa combatividad crítica. Luchar por la lucha, escribir el trabajo, en Zaid, significa reubicar a la palabra más allá de connotaciones

marxistas, como lo que nos libera de la opresión del pensamiento preprogramado, preestablecido, incuestionado. “Negarse a recitar” significa oponerse al uso acrítico de la lengua, resistirse a vivir una vida domesticada, cómoda y felizmente inconsciente. Así lo escribe: “No dejarse llevar (o dejarse llevar, pero a sabiendas) por los caminos hechos es difícil en todo: la investigación científica, la dirección de empresas, el amor, la poesía. Para hacer consideraciones realmente nuevas (o cuando menos nuevas para nosotros, que es lo importante), tenemos que volver a pasar por esa oscura angustia de la especie

Hay una melancolía implícita en toda su escritura: un desencanto de la realidad. Algo salió mal en nuestra cultura, y para repararlo tendríamos que volver a empezar, casi desde cero.



humana, sonámbula en el planeta, irguiéndose, abriendo los ojos, dejando las cuevas. Tenemos que dejar nuestro cobijo, la ‘incestuosidad’ que nos pega a lo familiar. Tenemos que afrontar otra vez la intemperie, salir a la expectativa de un milagro”. Esa “expectativa de un milagro” es lo que nos parece que organiza el movimiento de su crítica. Hay una melancolía implícita en toda su escritura: un desencanto de la realidad. Algo salió mal en nuestra cultura, y para repararlo tendríamos que volver a empezar, casi desde cero. Habría que sacudir las palabras, desempolvarlas, sacarlas de su marasmo, como a los fósiles de la UNAM o los burócratas de la SEP. Hacer, a través de la crítica, que la palabra incomode nuevamente, que ya no sea solamente el “párrafo intercambiable”, en que –como él mismo lo demuestra de un modo tan hilarante como doloroso en su ensayo “La muñeca de papel”– el elogio fácil podría fácilmente aplicarse a cualquier autor.

Zaid denunciaba que en México “hay todo menos crítica”, y por eso hizo del ensayo su estandarte, la forma más práctica y evidente de volver la palabra a la intemperie.

Su labor crítica intentó ser una sociología del saber, más cerca de López Portillo que de Michel Foucault, más inspirada por Valle-Inclán que por Pierre Bordieu; pero igual un ejercicio de cuestionamiento político y literario del papel de la literatura y del arte en una sociedad enajenada por la técnica y el utilitarismo. Su escritura establece un diálogo tragicómico entre la economía, la estadística, el periodismo, el comentario político, el estudio antropológico y la crítica literaria; se trata de una labor de denuncia, pero también de duelo, ante una realidad que poco satisface.

La obra de Zaid podría llamarse una escritura del desencanto, y de la crítica como posibilidad última de vivir la vida plenamente. Más que la institucionalización del saber, a Zaid le preocupa la desaparición de la poesía como función vital. Para él el saber, el conocimiento, la cultura, no son cuantificables, no son bienes asequibles que impliquen el mejoramiento del individuo.

El saber es otra cosa. La lectura y la escritura son procesos creativos, productivos y prácticos (“leer un poema es acabar de crearlo”, escribiría). Sin embargo, ni una ni otra encuentran su lugar en una sociedad pragmática, regida por la economía financiera. “Si la poesía no vende es porque no interesa”, lamenta, y por ello se niega a recitar su poesía a una ciudad que ningunea la labor poética. Y la lectura y la escritura, mecanismos inevitables para la construcción social del conocimiento, como el conocimiento mismo, han probado sobradamente su incapacidad para convertirse en un elemento transformador de la sociedad.

Ante este desamparo, en que la revolución no revoluciona, la palabra no comunica ni libera sino oprime y enajena; en que el título universitario y las instituciones educativas son presas de un burocratismo sin fin; en que la “República de las Letras” es una oligarquía hereditaria, la escritura de Zaid se erige fragmentaria, indefinible, extraña y contradictoria.

A lo que nos invita su escritura es a volver a lo singular, a fijarnos en la manera en que hablamos y escribimos, para recuperar una idea de nosotros mismos, del sentido de la vida que orienta la palabra. Sus ensayos articulan una relación crítica con la totalidad, que buscan hacer de la escritura, nuevamente, esa “práctica mortal”: un ejercicio de vida, y no una práctica superflua u ornamental. Neguémonos, por último, a recitar en primera persona, y escuchemos su voz, en la nuestra, la de Zaid, cuando escribe en *Los demasiados libros*: “Quizá la experiencia de la finitud es el único acceso que tenemos a la totalidad que nos llama, y nos pierde, con desmedidas ambiciones totalitarias. Quizá toda experiencia de infinitud es ilusoria, si no es, precisamente, experiencia de finitud. Quizá, por eso, la medida de la lectura no debe ser el número de libros leídos, sino el estado en que nos dejan.” ¿Qué demonios importa si uno es culto, está al día o ha leído todos los libros? Lo que importa es cómo se anda, cómo se ve, cómo se actúa, después de leer. Si la calle y las nubes y la existencia de los otros tienen algo que decirnos. Si leer nos hace, físicamente, más reales.

Sí, qué importa. Y vale más saberlo. 

